

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 85.—BARCELONA 29 DE DICIEMBRE DE 1915



Oficiales turcos en su viaje de paso por Berlín

CRONICA INTERNACIONAL

I. Los dos sistemas.—II. El canciller alemán y la paz.—III. La actitud de Grecia

I.—Los dos sistemas

¿Cómo la diplomacia alemana, reputada de torpe —y ciertamente fué más imprevisora que torpe— antes de la guerra, ha conseguido derrotar constantemente a la sagaz británica y a la insinuante francesa? Se suelen atribuir esos éxitos a las victorias militares, y la verdad es que las bayonetas constituyen el más sólido fundamento de las razones protocolarias; pero hay otro motivo poderoso, que tienen mucho cuidado en oscurecerlo y alterarlo, los políticos de la Entente. La diplomacia alemana no pide nada y ofrece bastante o mucho; la diplomacia de los aliados comienza por exigir, y luego brinda compensaciones con algo que ni le pertenece, ni está a su alcance, ni puede obtenerse sin grandes sacrificios. Esto es todo.

Los alemanes comenzaron por pedir a Bélgica que permitiera el paso de los ejércitos invasores, comprometiéndose, no ya a respetar su integridad, sino a pagarle con esplendidez. Lo mismo hicieron con Luxemburgo, y en parte han cumplido su oferta. Bélgica se negó y cayó en brazos de la diplomacia

aliada, que no se limitó a solicitar que el pequeño reino se mantuviera tranquilo, sino que exigió que tomase las armas, a cambio del apoyo militar que le darían Francia e Inglaterra. ¿Hay que recordar en qué consistió ese apoyo, cómo se permitió que Bélgica fuese sacrificada, el envío de tropas británicas a Amberes con el exclusivo objeto de obligar a los belgas a batirse a todo trance, según se ha declarado en la Cámara de los Comunes, de Londres? ¡Cuán arrepentido debe de estar el Gobierno belga! La lección no ha querido ser entendida por quienes se obstinan en ver las cosas por una sola cara del prisma; pero no la han desaprovechado los pueblos que más adelante se han encontrado en un caso parecido al de Bélgica.

Alemania y Austria-Hungría, cerrando los ojos ante la necesidad, ofrecieron pingües territorios a Italia sólo porque ésta se mantuviera neutral; no le pedían más. En cambio, la Entente la precipitó a la guerra, y si mediaron ofrecimientos, no se han columbrado aún por ninguna parte. Italia se vale de sus propias fuerzas, y se desangra y arruina sin haber logrado la décima parte de lo que le ofrecía Viena.

¡Qué arrepentido también debe de hallarse aquel Gobierno!

Rusia impelió a Serbia a encender esta espantosa guerra, y los serbios aún esperan el auxilio de los rusos. Más tarde, Serbia fué invitada a la paz, sin que perdiera una pulgada de su territorio; desechó el único partido sensato. Amenazó la invasión, y entonces se dirigió a Francia, a Inglaterra, a Rusia. Las tres prometieron tropas y subsidios y la invitaron, le exigieron, que se defendiese sin reparar en pérdidas, ni daños, porque pronto los ejércitos aliados la salvarían y la reintegrarían en su soberanía. Patente en la memoria de todos está lo que la Entente ha hecho con Serbia; no se la podía salvar, si es que seriamente se quiso salvarla, y se la precipitó en un abismo tal vez peor que el de Polonia.

Bulgaria fué también solicitada por los aliados. Se demandó su intervención militar, y como premio se le señalaron territorios que ella sabía no le cedería Serbia de buen grado y que tampoco podría conquistar después de la guerra, por el estado de agotamiento en que se hallaría el reino. Los germanos, por su parte, mostraron a los búlgaros el espléndido botín de la Macedonia serbia, tal vez de Albania, y, además, enviaron poderosos ejércitos que coadyuvaran a la conquista. ¿Cabía la duda siquiera entre quienes lo pedían todo y no daban nada, y los que entregaban el territorio apetecido y además enviaban tropas para facilitar la anexión? ¡Y por haber abrazado la solución más patriótica, ha llegado a llamarse al czar Fernando traidor y felón! ¡Qué monstruosidades se profieren!

Antes, había correspondido el turno a Turquía. Los unos le pedían la renuncia de hecho a los Dardanelos, es decir, el fin del imperio otomano, y en compensación le entregarían una gruesa suma, que no habría de servir más que para poner en manos de ingleses y franceses todas las riquezas del Asia Menor; los otros, garantizaban la posesión de los estrechos y ofrecían material de guerra, dirección y organización, lo único que necesitaba Turquía, y como premisa le enviaron dos barcos de guerra. La resolución de la Sublime Puerta era inevitable.

Ni siquiera consiguieron los aliados sumarse a Rumanía, cuyas simpatías estaban resueltamente a su lado. Nada de la Besarabia, nada de Bulgaria; fué una innegable irrisión negociar con ella bajo la base de la Transilvania, de difícilísima conquista, y en cuyas montañas se habría derramado a raudales la sangre rumana. Pero los alemanes y austriacos, cuya bolsa estuvo siempre a disposición de los rumanos, no quisieron más que la neutralidad, y ésta, bien pagada, a costa de Rusia. ¿Cómo no habían de fracasar los infantiles e interesados manejos de la Entente?

Se atropelló a Grecia en sus islas; se la atropelló después en sus costas y en su territorio, y, como aditamento, se requirió su cooperación militar. ¿Con qué se desquitaría? Con un pedazo de Bulgaria, que la obligaría a una guerra inmediata y la pondría en perpétua rivalidad con su vecina y con otro pedazo del Asia Menor, de donde no se le ocultaba que no tardaría en ser arrojada por los turcos o por los aliados de la Entente, si vencían. Los Imperios centrales se conformaron con la neutralidad de Grecia, y por tan poca ayuda, que menos no cabe, daban un

trozo de Albania, amén de otras ventajas que aún no se conocen.

Los dos sistemas, el de la Entente y el de los imperiales, no pueden, pues, ser más opuestos. El primero comienza por exigir el máximo sacrificio en provecho de las grandes potencias, y a posteriori regala lo que no le pertenece, lo que el adversario está dispuesto a defender a sangre y fuego, lo que será fatalmente en lo porvenir un semillero de diferencias y enemistades, presagio seguro de nuevas guerras, con los países vecinos. El segundo sistema no pide nada, se satisface con la neutralidad, y recompensa con algo positivo, tangible, inmediato, y además, por si fuera poco, pone ejércitos hasta ahora invencibles al servicio de aquellas naciones cuya abstención conviene. ¿Habrá quien extrañe el fracaso de una diplomacia y los éxitos de la otra?

Sin embargo, oscurecen hasta tal punto las arrogancias inspiradas en una excesiva confianza en la fuerza propia, que Bélgica no supo elegir entre las dos diplomacias y, lo que es más raro, tampoco Italia.

En resumen, los aliados lo quieren todo para sí, pretenden que los pueblos inmediatos al área de la guerra, se pongan a su servicio y dejen preteridas las aspiraciones nacionales. Los germanos se conforman con luchar solos, con que no se aumente el número de sus enemigos, y cuando las maniobras del bando adversario amenazan provocar una nueva guerra, los Imperios centrales la conjuran o la resuelven a su favor, acompañando el estipendio inmediato con la presencia de sus batallones. No piden la sangre ajena, son ellos quienes la dan, claro es, porque les interesa y favorece.

Cuando el telón caiga sobre este tremendo drama, los obcecados persistirán en sus campañas, que sólo a ellos interesan; pero la ética, que no admite habilidades, pronunciará su fallo inapelable.

II.—El canciller alemán y la paz

Las declaraciones sobre la paz que ha hecho el canciller alemán en el Reichstag, han producido el efecto de un enérgico revulsivo en París y Londres. La prensa aliada, que había ido moderando el tono de su lenguaje, ha vuelto a destapar la caja de las frases duras y de las amenazas violentas; conmina otra vez con lo destrucción del enemigo, el aplastamiento del militarismo (!) prusiano, y la palabra victoria no cesa de caer de la punta de las plumas; pero ahora ya no la acompañan argumentos más o menos sutiles, como antes, porque fracasados todos los cálculos y demostraciones en que se fundaba esta victoria, no se sabe ya a donde acudir. De vez en cuando aparece la esperanza en una nueva ofensiva rusa, pero los mismos que la esgrimen lo hacen de un modo vergonzante, porque ¡se ha abusado tanto del rodillo ruso y ha dado lugar a tan grandes desengaños! Se desea que los pueblos invadidos crean en la victoria, sin razonar, sin discurrir, como punto de fe; y la guerra es cosa demasiado terrenal y que toca tan de cerca, para que se puedan prolongar indefinidamente los lirismos y las disertaciones patrióticas.

Al fin y al cabo, ¿qué ha dicho el canciller? Que si Alemania presentaba proposiciones de paz, se en-

valentearían sus adversarios y recobrarían en parte el ánimo perdido; que a ellos corresponde presentar proposiciones; y que cuanto más tarden en formularlas y más se robustezcan los triunfos alemanes, tanto más duras tendrán que ser las condiciones que impongan los Imperios centrales. Declaraciones de buen sentido, que están al alcance de cualquiera, y que cualquier persona imparcial y desapasionada habría hecho, sin necesidad de estar al frente de la gobernación del Estado.

Pero los aliados se han perturbado a copia de expresarse con jactancia y de hacerse los fuertes; acaso llegaron a creer algo de lo que decían, y el desencanto ha surgido. Diéronse cuenta de la situación y obraron de otra manera. Hubiera sido un colmo que Alemania, después de derrotar a todos sus enemigos, tendiera la mano implorando la paz. ¿Podía esperarse en serio semejante actitud?

De todos modos no es mal síntoma la irritación de los aliados. Desean la paz—lo mismo que los alemanes—y cuando se convenzan de que a ellos corresponde demandarla, no tardarán mucho en ser más humildes y ponerse a tono con la situación. El tiempo pasa, siempre con peores auspicios para Inglaterra y sus aliados de ocasión, y no se le puede perder mucho más aún, si no se quiere llegar tarde y sufrir una amputación dolorosísima.

III.—La actitud de Grecia

Al escribir estas líneas, los franceses e ingleses de la Macedonia serbia han evacuado esta comarca y se han refugiado, en derrota, tras la frontera griega, que todavía no han traspuesto los germano-búlgaros.

Grecia, dando una prueba sincera de su actitud pacífica, está retirando sus tropas del sector de Salónica, para que los sucesos no la obliguen a intervenir en la lucha, ya próxima, que ha de trabarse entre los aliados y los imperiales. Renuncia más o menos espontáneamente, de este modo, a sus derechos de soberanía y entrega una región muy rica a los horrores de la guerra, de una guerra que ni ha provocado ni quiere presenciar. Por el momento, se ha conjurado el peligro que amenazaba a Grecia. ¿Durará mucho su tranquilidad, podrá sostenerse largo tiempo su neutralidad? ¡Imposible! Si se abstiene, Salónica y todo el litoral hasta la frontera búlgara quedarán perdidos sin remedio; porque si los aliados vencieran, pasaría aquella presa a quienes la han ocupado sin permiso de su dueño; y si llevan los búlgaros la mejor parte, Bulgaria se engrandecería con Salónica y su provincia. Aunque su debilidad les obligue a extremar la prudencia y hacer gala de humildad, los griegos no se resignan a la pérdida de su mejor puerto en el Egeo. Oportunamente, tomarán parte en la guerra; si no han intervenido ya, ha sido porque la situación no estaba despejada y los alemanes no se encontraban con fuerzas suficientes enfrente de los aliados. Cuando el ataque a Salónica se emprenda con energía, o cuando se resuelva la guerra en Gallípoli, Grecia habrá de saltar, si no quiere sufrir la suerte del vencido, sin serlo.

¿Qué ocurre en la porción de frontera griega del Epiro, al O. de Salónica, hasta Albania? Allí están en contacto griegos, alemanes y búlgaros. ¿Se dan los buenos días o se ha establecido un intercambio

de mal augurio para los aliados? Desde mucho antes de la toma de Monastir, alemanes y griegos guardan un silencio estudiado sobre lo que acontece en aquella zona, donde probablemente ocurren cosas muy interesantes. Al lado de las banderas de los vencedores, se ha izado en Monastir la bandera griega, y la prensa de Atenas no ha podido ocultar su deseo y convicción de que aquella plaza sea entregada a los griegos, cuando termine la guerra. ¿En qué concepto se la entregará Bulgaria? No están los tiempos para regalos de esta clase, que han sido abundantemente regados con sangre, y tampoco cabe recompensar a Grecia por una neutralidad que sólo ha favorecido a los aliados. Algo hay escondido, pero que se transparenta a las claras.

El fuerte puede humillar al débil, pero nunca impunemente, porque cuando el débil se siente apoyado o encuentra una ocasión favorable, busca la reparación con la que jamás dejó de soñar. Hay ciertas heridas en la dignidad y el amor propio, que los pueblos nunca olvidan; y la verdad es que los aliados han tratado y están tratando a Grecia como a país conquistado, que no merece consideraciones, y al que se pueden pedir toda clase de servicios aunque repugnen a los intereses y a la conciencia nacional. La fiebre guerrera y el escozor de las derrotas, hacen cometer muchas torpezas.

F. LARIN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

(De nuestro Corresponsal)

III

En el cuartel de la Prensa de guerra.—Con el general von Hoen.—Mi aposentamiento

Apenas entramos en la casa donde busco alojamiento, caen mis miradas sobre una bellísima persona, de unos 18 años de edad, fresca y sonriente como una rosa en la mañana, de grandes ojos negros rasgados, coqueta y graciosa. Antes de saludar, antes de ver el aposento, antes de tener tiempo de pensarlo, mi decisión está tomada: aquí me quedo. El sub-oficial, que es un tunante, ya está en conversación con ella. Luego se para y, sin decir palabra, ve a la moza, me mira y sonríe complacido de su triunfo secreto. Me lleva al cuarto que se me señala y, mientras la madre me cuenta no sé qué historias en húngaro, que yo no entiendo, ni escucho, me declara instalado «por orden del Comandante de la plaza» y se sale en compañía de la jovencueta. La madre continúa sus cuentos y explicaciones. Yo adivino que quiere ensalzar el aposento, como toda buena patrona; mas como le indico que nada comprendo hace venir a su hija. Ésta empieza por mostrarme su pena. Mañana se irá y no podrá verme más, a menos que permanezca en la ciudad hasta su vuelta, que ocurrirá dentro de dos días. Entrado en el hilo de la charla, no hay poder humano que se lo corte. Quiere saber si soy casado. Todos los corresponsales que han aposentado en su casa lo eran, por desgracia. Cuando le aseguro que yo no lo soy, no puede contener una sonrisa; pero se apresura también a dejarme saludándome cortesmente. Al día

siguiente la vecina me cuenta, sin que yo le hubiera preguntado, el objeto del viaje. Novio va a buscar la bella húngara a un pueblo cercano, pues la edad ha llegado en que puede casarse, y cuando una húngara lo puede, no concibe mayor obligación que realizarlo.

Por la noche en el casino, el Mayor Schrötter me acoge con palabras de compañerismo. Toca el timbre y hace mi presentación a la oficialidad y a los corresponsales presentes. Con la franqueza de soldados, y la confianza que de ella nace, extendemos nuestra agradable charla largo después de la comida.



General Ritter von Hoen, jefe de los Cuarteles de la Prensa de Guerra del ejército austro-húngaro

Sobre una altura de suaves pendientes está situado N. Al Norte y al poniente ilumina el sol las cúspides de las colinas del Javornik y de los Cárpatos blancos. Manchas oscuras indican alguna aldea en las pendientes de los montes. La pesada torre redonda de un viejo castillo en ruinas se destaca en el cielo azul pálido. Al S., corre presuroso el Vag limitando su curso a ambos lados las altas rocas aisladas, que parecen a lo lejos los torreones también de castillos fuertes, eternos.

Las dos campanas de la iglesia cuadrada arrojan al aire los argentininos, claros sonos de victoria que sus lenguas de hierro les sacan a intervalos iguales, golpeándolas a derecha e izquierda. Por las veredas y caminos que conducen a la cúspide, suben lentamente en hilos movedizos, los aldeanos y campesinos de las cercanías.

En el pueblecillo mismo se nota también grande animación y movimiento. Todo el mundo ha salido de casa. El lugar de cita es el atrio espacioso, donde

crecen mil hierbas, de la iglesia del pueblo.

Las campanas siguen teñendo cada vez más fuerte. Lllaman a misa. Pero no a una misa ordinaria. Lllaman a una misa especial de victoria, en loor de los guerreros valientes que reconquistaron Lemberg de las manos odiadas de los rusos, en loor del Dios de los combates, que otorgó la victoria a los ejércitos de la patria y del Kaiser. Los aldeanos y campesinos de los alrededores tienen gran parte en la victoria. ¿Cuántos de ellos no saben contar de algún amado o de algún amigo que luchó en alcanzarla? ¿Cuántas madres de éstos no han dado, para conseguirla el amado fruto de sus entrañas o el padre de sus propios hijos?

El atrio va llenándose poco a poco. La variedad abigarrada de los trajes característicos y, en el conjunto, la semejanza de los tipos en sus hábitos de colores chillones y lucientes, indican los contrastes de los distintos vallecillos de la misma parroquia.

Después de la misa, va dispersándose la multitud en todas direcciones, en medio de los animados comentarios sobre los últimos acontecimientos de la guerra. Yo me alejo también, en compañía del oficial de órdenes que tiene encargo de conducirme ante el jefe de la Prensa, en Teschen (Silesia austriaca). Tras de un rápido almuerzo, tomamos el tren. Hasta Sillesin es el mismo camino que ya he hecho dos veces. Los enormes peñascos abruptos que flanquean el Vag en su curva hacia el S., están allí erguidos, como inmensos gigantes inmóviles que cuidaran de la paz romántica del valle. En Sillesin cambiamos de tren. El ferrocarril rueda hacia el N., entre los Cárpatos blancos y el Tatra, de graníticos picos.

La temperatura es agradabilísima, a la altura de mil metros que alcanza la vía del ferrocarril. Atravesamos varios túneles y alcanzamos la frontera de Silesia. Frente a nosotros se levantan los montes Besquides. Por un largo túnel pasamos el paso de Jablunka. Luego descendemos rápidamente, sobre las faldas de los Cárpatos. Al cabo de tres horas se detiene el tren en Teschen.

El ayudante del Jefe de la Prensa me hace pasar a un saloncito y me invita a esperar unos minutos. «El general tendrá gusto en saludaros personalmente». Ha transcurrido apenas un cuarto de hora, cuando llega a la oficina el general von Hoen. Inmediatamente soy presentado. Durante nuestra corta conversación tengo oportunidad de consolidar la alta opinión que de este jefe siempre he tenido, conocido por sus magníficas obras histórico-militares, especialmente «La batalla de Leipzig». Me asegura que de su parte hará cuanto sea posible para facilitarme un viaje agradable y provechoso, «que lo será —agrega,— pues desde el punto de vista militar mucho tenemos que aprender en esta guerra, aun los viejos soldados como yo». Luego me otorga su licencia formal para mi excursión y me despido con íntimo beneplácito; tal es la buena impresión que su amabilidad e ilustración han hecho en mí.

De la Silesia, que la política inteligente y el genio militar de Federico el Grande supo unir a la Prusia para asegurar su grandeza creciente, sólo quedó a la corona de los Habsburgos la parte meridional, enclavada entre Galizia y Bohemia. La capital de la parte oriental, cuenta con cerca de 30,000

habitantes, aumentados ahora por el ir y venir de millares de soldados, pues las vías férreas que la cruzan son camino para los teatros de la guerra. El movimiento y alegría de la población industrial llama la atención desde el primer momento. El fondo que la situación privilegiada y bella de la ciudad presta, es de lo más agradable y ameno. El archiduque Federico, actualmente generalísimo de los ejércitos austro-húngaros, se ha hecho construir un sencillo palacio al otro lado del río, desde cuya redonda y alta torre se obtiene una perspectiva arrojadora sobre la ciudad entera y sus cercanías. En Silesia posee el archiduque muy productivas minas de carbón, que hacen de él uno de los hombres más ricos de Europa. Los habitantes de Teschen se sienten orgullosos de ello, así como de las visitas que el Archiduque-General les suele hacer con relativa frecuencia. Aunque la población es en su mayor parte alemana, he podido observar en las cortas horas que me está dado permanecer aquí, que las mujeres gozan de una belleza semejante en los rasgos a la de los súbditos femeninos más meridionales del viejo Emperador. Si a esto se agrega el blanco cutis y el fino cabello rubio, se tendrá una idea ligera de las bellas teschenerinas.

Por desgracia, el tiempo tiene alas y vuela. Pronto lo es de partir y, aunque con un cierto dolor interno, me veo precisado a abandonar la residencia del jefe del cuartel de guerra de la Prensa. Ahora regresamos a N. En el mismo tren viaja un capitán del Estado Mayor, quien sin duda va a incorporarse a algún cuerpo en el frente, a juzgar por la despedida que hasta 15 oficiales le hacen. Recomendaciones de todas naturalezas, las más en guasa, para el campo de batalla, luego en serio los mejores deseos, apretones de manos y el ¡«auf Wiedersehen»! Todo en un compañerismo franco y firme, que llena el alma de contento, atrayendo irresistiblemente.

Las luces en las estaciones, iluminan grupos de muchachos frescos y fuertes: son reclutas llamados al servicio. Y mientras ellos siguen hacia Viena, donde serán instruidos y encuadrados, yo vuelvo en medio de la noche sembrada de estrellas a correr el camino desigual de la falda del monte, a la ribera del Vag, del cual sólo sé porque escucho el rumor de sus aguas, dónde juegan las ninfas gitanas, de risas de plata.

Estío de 1915.

J. C. GUERRERO.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La neutralidad

(El señor A).—¡Muy buenas, don Subrio! ¿Qué tal?

(El señor B).—¿Cómo va ese valor, don Subrio?

—¡Felices, señores!

(El señor A).—Parece que está V. hoy de mal talante.

—Nunca he tenido el físico muy agradable, no me preocupa el talante.

(El señor B).—Pero en cambio posee V. un buen humor a prueba de bomba.

—Y de lo que es peor que los gases asfixiantes: a prueba de ingleses y britanos.

(El señor A).—Veamos qué muestras nos da V. hoy de él.

—Por si acaso, no me hostigue V. a preguntas. Departa V. con el señor B.

(El señor B).—Y ¿por qué no con V? Cabalmente, hoy tengo el ánimo tranquilo y soy capaz de soportar sin alterarme cuantos alfilerazos se sirva V. propinarme.

—Que se los aplique Kitchener, señor B. ¿No tengo derecho a callar y oír? ¡Hablen ustedes por los codos y desbarren cuanto gusten, y déjenme en paz.

(El señor A).—¡Caracoles! ¡Dispara V. un mortero del 42! Malas noticias habrá V. recibido de los alemanes. Cuente V., que soy todo oídos.

—¡Qué alemanes, ni qué Gran Duque! ¡Al diablo con todos!

(El señor B).—¡Don Subrio! ¿Se ha vuelto usted turco, japonés, acaso montenegrino?



El nuevo ministro de Marina de Italia, almirante Gorsí

—¡Loco, me han vuelto ustedes! He tardado en caer en la cuenta, pero he caído.

(El señor A).—¡Preciosa confesión! Don Subrio reniega de sus amistades, de sus simpatías, olvida sus catilinarias, y se declara loco. ¿Están los cosacos cerca de Berlín?

—¿No tiene V. otra cosa en qué pensar, sino en los cosacos, señor A? ¡Feliz V!

(El señor B).—Para mí, los ingleses han desembarcado en Wilhelmshafen.

—Para V., bondadoso señor B, todo se reduce a ingleses, ingleses e ingleses. ¡Dios le conserve su confianza y su tranquilidad! Y hagamos punto. ¿Hace frío?

(Los señores A y B, mirándose desconcertados).—¡Nos han cambiado a don Subrio!

—¡Por fin han acertado ustedes una vez! ¿No les he dicho que me han trastornado ustedes el juicio? Estoy más loco... iba a decir que una cabra, pero me contento con añadir que estoy tan desatinado como ustedes.

(Los señores A y B).—¡Favor que nos hace don Subrio! ¡Algo gordo va a salir de un exordio tan largo! ¿Qué será ello? Nos tiene V. en armas; ¿quiere V. hablar?

—Pobre porfiado, saca mendrugo...

(El señor A).—¡Ya está aquí el refrán!

(El señor B).—¡Gracias a Dios! ¡Este sí que es el legítimo don Subrio!

—Pueden ustedes más que yo; ahora sí que me persuado de que nuestras disputas no han empañado nuestra antigua amistad. ¡Vengan esas manos! Pero ¿podrán decir todos lo mismo? ¡Esto es lo que me preocupa y apena!

(El señor A).—Don Subrio, ¿qué le ocurre a V? ¿No podemos hacer algo por...?

(El señor B).—¿No nos negará V. el derecho a participar de sus preocupaciones?

—Seamos francos y sinceros. No den ustedes a mis palabras un sentido oculto ni más alcance que el recto y literal. Me olvido de los beligerantes, y les ruego que se olviden ustedes también de ellos. Sentado esto, respóndanme lealmente: ¿qué entienden ustedes por deberes de la neutralidad? ¿Somos verdaderamente neutrales?

(El señor A).—No creo, en conciencia, haberme apartado un ápice de las exhortaciones que todo Gobierno neutral dirige a sus gobernados.

—(El señor B).—Yo, pensaré como quiera, pero obro como perfecto neutral. No me acuso de nada.

—Pues yo, sí. ¿Hay algo que absorba sus pensamientos en los ratos que el trabajo o la familia les dejan a ustedes libres? Reclamo de nuevo su sinceridad.

(Los señores A y B).—¡Sí, señor, lo sabe V! ¡La guerra!

—¡La guerra, la guerra! Tanto puede significar mucho como poco, esta palabra. ¿En qué concepto la guerra ocupa su actividad mental?

(El señor A).—Yo, sigo con interés la marcha de las operaciones, esperando que tome un sesgo favorable a los franceses o a los rusos.

(El señor B).—Y yo, leo con avidez los partes oficiales, deseando encontrar en ellos noticias ventajosas para Inglaterra e Italia.

—¿Nada más?

—(Los señores A y B).—¡Nada más! ¿Qué más quiere V. que nos importe, de la guerra?

—Inglaterra, Francia, Italia, Rusia... y yo añado, Alemania, Austria-Hungría, Turquía, Bulgaria! Y al resto del mundo que lo parta un rayo!

—(Los señores A y B).—¿Acaso está en guerra el resto del mundo?

—El destino de las demás naciones ¿no está directamente enlazado con el desenvolvimiento, ahora, y el resultado, luego, de la guerra? ¿Sí o no?

—(Los señores A y B).—¡Ciertamente! ¿Qué duda puede haber?

—Opinan lo mismo que ustedes sus deudos, amigos y conocidos? Todos ellos ¿se creen neutrales?

—(Los señores A y B).—No se lo imaginan, no. Lo son de hechos y de convicción.

—¡Fantasías, ilusiones! Yo comencé siendo netamente neutral, y las conversaciones con unos y con otros, no sólo con ustedes, me han transformado, sin darme cuenta, en un ente inútil, casi nocivo, antipatriota. Y lo que digo de mí, lo extiendo a ustedes y

a cuantos, y son legión innumerable, se encuentran en nuestro mismo caso.

(Los señores A y B).—¡Es muy duro ese lenguaje, don Subrio, y además, injusto!

—Es el lenguaje del representante del sentido común, el gran Pero Grullo, que a la mano cerrada llamaba puño. Van ustedes a verlo, y se convencerán.

—(Los señores A y B).—Difícil será, porque nuestra conciencia está tranquila.

—¿Qué dirían ustedes de un vecino cuya casa estuviera en un barrio que ardiera por los cuatro costados, y se asomara al balcón o se subiera al tejado, y se pasara el tiempo discutiendo con sus compadres cuál edificio se reduciría antes a pavesas y en qué sentido se cortaría antes el incendio?

(Los señores A y B).—¡Que era un loco, o un majadero, o un inconsciente!

—¿Y si la casa no fuera suya, y el propietario se la hubiera cedido a condición de guardarla y conservarla en buen estado, ¿qué juicio formarían ustedes?

(Los señores A y B).—Que el tal faltaba a sus deberes, para no emplear otro vocablo más duro.

—Sin embargo, el vecino en cuestión no echaba leña al fuego, no contenía ni provocaba los estragos de las llamas; en una palabra, era perfectamente neutral.

(Los señores A y B).—Para los demás, sí, pero olvidaba sus propias obligaciones.

—Que es a donde iba yo a parar. Solemos entender la neutralidad en el concepto de ser espectadores de un drama grandioso y terrible; nos interesamos por unos u otros personajes, sobrevienen las desavenencias y las disputas entre nosotros, ponemos nuestra alma en la acción... y no nos acordamos de nuestro hogar. ¡Estamos en el balcón o en el tejado, señores A y B, cuando sólo debíamos asomarnos para saber qué medidas nos convenía adoptar para la seguridad de nuestros intereses y de los intereses que se nos hubieran encomendado! Esto ¿es ser neutral o es inconsciencia? Para nosotros tres, y en general para todos los neutrales, la guerra no es más que un espectáculo que nos apasiona y atrae y que—esto es lo grave—nos lleva al olvido de lo que nos atañe de cerca, de nuestros intereses, de nosotros mismos. ¿Conviene ustedes en ello?

(Los señores A y B).—Triste es reconocerlo, pero es verdad, don Subrio.

—Nos tiramos los trastos a la cabeza por si vencerá el uno o el otro, se ahondan nuestras diferencias, se esterilizan nuestros esfuerzos, nos devanamos los sesos pensando en lo que sucederá fuera de nuestro hogar y ¡claro! no nos queda tiempo ni tranquilidad para reflexionar en lo que debiera ser nuestra única y constante preocupación. ¡Nos conducimos como artistas, que absorben por los colores dejan que se pierda su patrimonio!

(Los señores A y B).—No es menester que obscurzca V. más el cuadro, don Subrio: bastante sombrío es por sí mismo, para que V. lo recargue más.

—Muy santo y muy bueno que las preferencias de los unos vayan en un sentido y en el opuesto las de los otros. Ello hasta conveniente es, pero siempre que se condicionen y supediten al bien patrio. Si yo creo que a nuestro país le conviene la victoria de X

he de respetar la opinión ajena, que entiende nos beneficiará más el triunfo de Z. Con todo, es indispensable, ha de ser el fundamento de todas las preferencias, el interés nacional, porque entendiendo de este modo las simpatías y partiendo de esta base única, al cabo concurrirán todos los esfuerzos en un objetivo común, aunque sigan caminos muy apartados en sí. Pasen los apasionamientos, si por encima de ellos flota siempre la idea de la patria; pero la modalidad ha llegado a prevalecer sobre la esencia y es triste, tristísimo, que nos apellidemos, sin ofensa nuestra, anglófilos, germanófilos, etc., y que aceptemos sin avergonzarnos la división de un país en dos tendencias opuestas. Ponemos más calor y más entusiasmo en la defensa de X o de Z que en la de nuestras cosas; no parece sino que nada tenemos que perder ni que ganar. ¡Es lamentable!

(Los señores A y B).—No sea V. pesimista; ya ve V. cómo nos hemos puesto de acuerdo hoy, por primera vez, apenas ha invocado V. los sentimientos nacionales.

—Temo que volvamos a preterirlos, a olvidarlos. Yo recuerdo muy bien nuestras primeras conversaciones. En ellas, les dije a ustedes cuán conveniente era el estudio de la geografía y de la historia para formar un criterio que nos permitiera discurrir como españoles sobre los acontecimientos de esta guerra pavorosa; el ambiente me contagié después, y yo también he concluido por ser uno de tantos; los relámpagos de fuera me han cegado y he perdido la noción exacta de las cosas. Si esto me ha ocurrido a mí, que tenía convicciones arraigadas ¿qué mucho que presenciemos lo que pasa a nuestro alrededor?

(El señor A).—¡Basta, don Subriol! Me ha puesto V. a mí también de mal humor.

(El señor B).—De modo que ¿no reanudaremos nuestras habituales conversaciones?

—¡Sí, señor! ¿Por qué no? Pero tengamos muy presente que la neutralidad no es la indiferencia: debe de ser la exaltación del patriotismo; y las simpatías por los beligerantes no han de llegar jamás al apasionamiento que acalle nuestra condición suprema y esencial de españoles: de españoles a secas, sin adjetivo alguno.

SUBRIO ESCÁPULA

EL FRACASO DE LA OFICIALIDAD INGLESA

(CRÍTICA TRADUCIDA DEL PERIÓDICO LONDINÉS *New Statesman*)

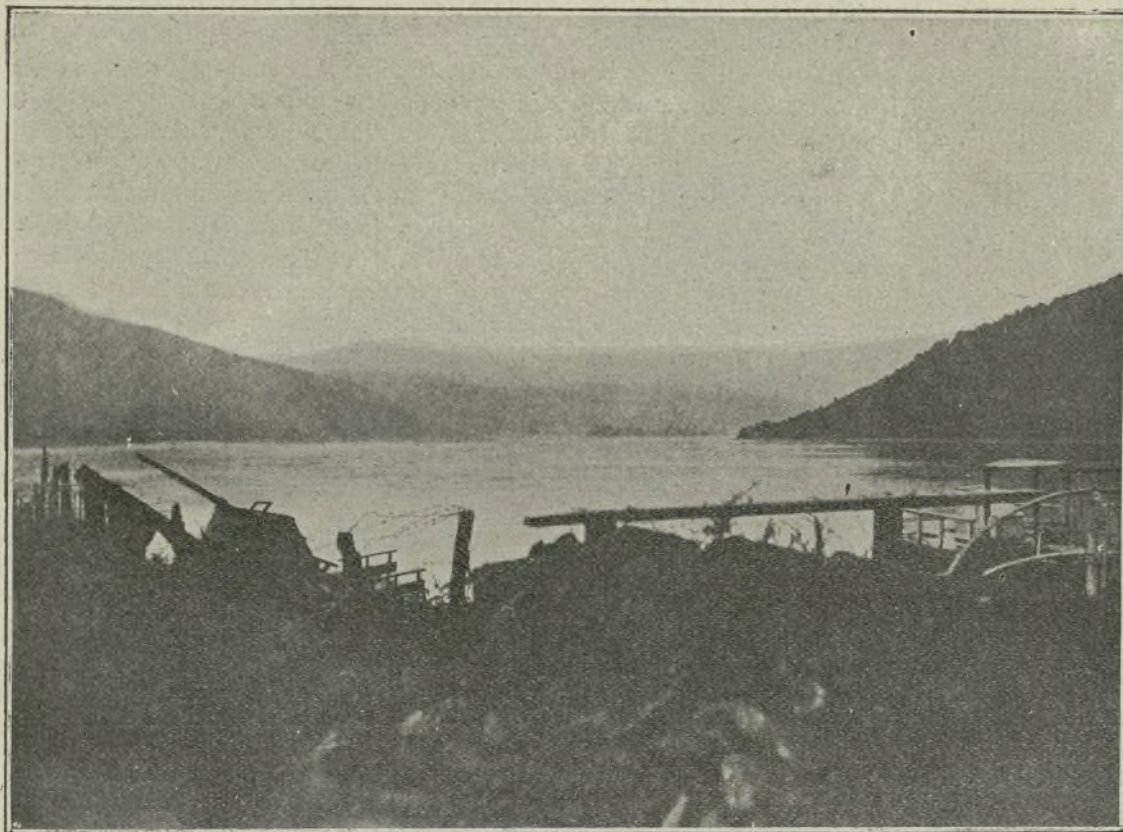
Suele nuestra prensa censurar injustamente a los directores de la política exterior inglesa. Y no es del fracaso de nuestra política de lo que se trata, sino del fracaso de las operaciones militares. Durante el año 1915 ha estado la iniciativa en mano de los ingleses; sólo en abril intentó Alemania atacar el frente de Ipres, más bien como una contraofensiva que nos tuviera en jaque, mientras Mackensen y Hindenburg preparaban los grandes golpes contra Rusia.

Por lo demás, todo el año, lo mismo en Francia que en Gallípoli, la ofensiva ha estado de nuestro lado y se ha repetido varias veces en grande escala, sin obtener nunca más que éxitos locales de orden se-

cundario. En una palabra, nuestra ofensiva no ha sido otra cosa que una larga cadena de derrotas. Esta es la razón por la cual Bulgaria se separó de nosotros. Rumanía se mantiene reservada y Grecia se espanta de cumplir su deber con Serbia. La causa de nuestro fracaso no es la falta de hombres. En el frente occidental somos nosotros más fuertes que el enemigo; en Gallípoli nos faltarían hombres tal vez, en mayo y junio, pero seguramente que no, en agosto. Tampoco han faltado municiones, pues, aunque un corresponsal de *El Times* pretendió que carecíamos de ellas, se demostró, con informes oficiales, que era inexacta tal afirmación. También el soldado ha estado siempre a una gran altura, pudiendo decirse, sin exageración alguna, que es el mejor de Europa. A pesar de todo esto, han fracasado en general los Estados Mayores y el Cuerpo de oficiales.

Podemos referir una larga y triste historia de tentativas frustradas. Empieza con Neuve Chapelle, en marzo, después sigue la costosa y estéril ofensiva de mayo, los inútiles combates de Hooge, la larga y trágica serie de faltas de Gallípoli, que terminó con las dos grandes derrotas, después de desembarcar en la bahía de Suvla, y últimamente, tenemos la historia de la colina 70 y del reducto Hohenzoellern, en septiembre. En la mayoría de estos casos, no podemos criticar los planes de la dirección suprema del ejército, porque han sido envueltos en un misterio tan profundo, que las faltas de esta elevada corporación, en el supuesto de que las cometiera, no trascendieron al público. Pero las faltas conocidas, las que ha podido observar cualquier oficial o sub-oficial, por desgracia con mucha frecuencia, son faltas de los Estados Mayores de brigada y división. Con respecto a esto, sí que ha fracasado completamente la creación del nuevo ejército. Hemos aumentado gigantescamente el ejército. Pero los generales y oficiales de Estado Mayor sólo podíamos elegirlos de entre el pequeño grupo de oficiales presentes en 1914, el cual sólo contenía personalidades de tercera y cuarta categoría. Tenemos el talento en el ejército, pero no sabemos aprovecharlo. Los jóvenes de la nación más aptos visten el uniforme militar, pero el ejército sólo emplea el talento en los cargos de teniente o quizá de capitán. En ningún caso, que nosotros sepamos, han sido utilizadas sus aptitudes para la labor de los Estados Mayores, ni siquiera habiendo oficiales con conocimientos técnicos especiales.

Sentimos mucho no limitar esta crítica a los Estados Mayores y tenerla que hacer extensiva a toda la oficialidad. Es inconcebible que la dirección suprema del ejército otorgue despachos de oficial sólo a jóvenes inexpertos, prescindiendo de los de más edad y mayor experiencia, y que no clasifique los aspirantes a oficial según sus aptitudes anteriores. La impresión que estos aspirantes causan en la metrópoli es, en verdad, poco satisfactoria. Predomina en general, el tipo del joven arrojado, pero muy inclinado a los placeres y poco entusiasta por el trabajo. Y el valor no es la condición esencial. Cuando un oficial, por su ineptitud, pierde una batalla y sacrifica inútilmente su tropa, poco ayuda a la causa nacional, aun cuando pierda su vida. Uno de los problemas más apremiantes de la actualidad consiste en remediar estas deficiencias con la mayor energía,



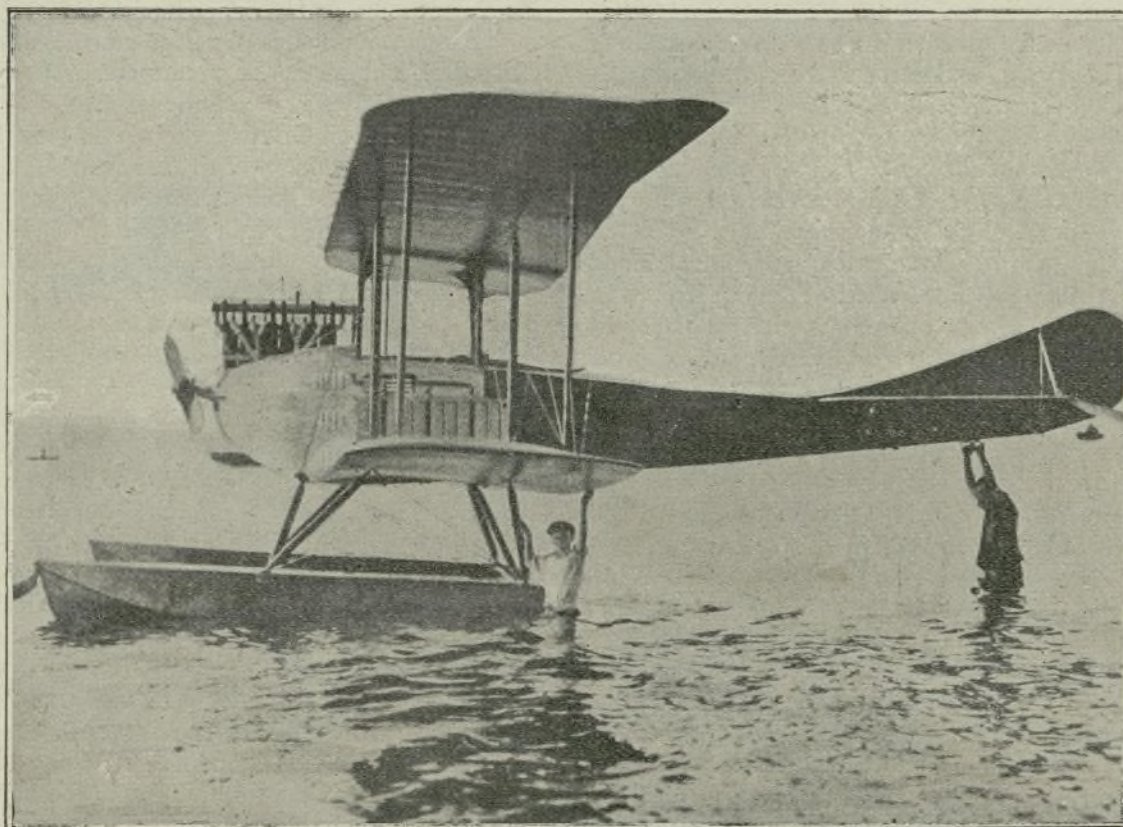
El rincón internacional de Orsova (Danubio). A la izquierda la frontera austriaca, en el centro la rumana y a la derecha la serbia



Vista de la ciudad y puerto de Salónica, tomada desde tierra



Tipos de soldados serbios hechos prisioneros por los alemanes en los alrededores de Belgrado



Un hidro-aeroplano alemán, flotando sobre el mar

Ayuntamiento de Madrid

impidiendo que vayan a servir en los Estados Mayores jefes y oficiales de cuarta categoría, sacados de las escalas del antiguo cuerpo de oficiales. Es imprescindible llevar nueva sangre al centro de la dirección del ejército, abriendo al talento, que con profusión existe en él, una vía fácil para escalar los puestos de responsabilidad. Volviendo la vista atrás, a los últimos diez meses de guerra, con el incomparable valor de nuestros soldados, el brillantísimo espíritu que impera en el ejército, los sacrificios colosales que se impone la nación, es imposible dejar de reconocer el trágico contraste que ofrece la no interrumpida serie de nuestros fracasos militares. Si no se interviene en este asunto con dureza, es muy posible que no sólo continuemos perdiendo batallas, sino que también perdamos la guerra en tanto que los destinos de Inglaterra dependan de un acto decisivo sobre el continente.

M. DE Z.

MÁS DE MEDIO MUNDO EN GUERRA

La superficie total del globo terrestre es de 145 millones 917,426 kilómetros cuadrados; y al terminar el año 1915 la superficie de los países envueltos en la guerra asciende a 74.299,832 kilómetros cuadrados. La población total de la tierra se calcula en 1.657,000 millones de habitantes, de los cuales pertenecen a las naciones beligerantes más de 970 millones. Estas cifras ponen de manifiesto que la presente guerra comprende a más de medio mundo.

Concretando la comparación a Europa, que es el teatro principal, su superficie es solamente de siete millones 989.538 kilómetros cuadrados, y su número de habitantes es de 401 millones de personas. Asia entra en estos cálculos con 24.706,550 kilómetros cuadrados y más de 450 millones de habitantes, en lo que atañe a los países en guerra.

Teniendo presentes estos datos se comprenderá la conmoción que está sufriendo el mundo, y que no es una figura retórica el decir que esta guerra no tiene precedente en la historia y supera a todas en grandiosidad.

CRÓNICA MILITAR

I. El organismo director de la guerra.—II. La campaña de los aliados en Macedonia.—III. El error de la ocupación de Salónica.—IV. El dualismo en el mando, durante la campaña en Macedonia.—V. La suspensión del ataque a Salónica.—VI. La situación el 22 de diciembre

I.—El organismo director de la guerra

El nombramiento del general Joffre para el mando supremo de todos los ejércitos franceses, excepto los coloniales, ha tenido, como finalidad práctica, el poner bajo sus órdenes las tropas desembarcadas en Salónica y las que operan en Gallípoli, es decir, dar unidad a la acción que Francia desarrolla, en los diversos teatros, contra los tres Imperios. En este concepto, la medida es plausible, pero conviene examinar su grado de eficacia. El asunto es muy interesante desde el punto de vista militar.

Se ha dicho repetidamente que, frente al mando único y a la unidad de dirección de los ejércitos imperiales, los aliados oponían iniciativas dispersas y operaban sin concierto, cada cual por su propia cuenta; y aun dentro de cada país, no han concordado jamás las operaciones de los rusos en las fronteras de Alemania, de Austria y de Turquía asiática; ni las de los franceses en su país y en Oriente; ni las de los ingleses en Flandes, Turquía, Mesopotamia y Africa. La unidad militar de los tres Imperios estaba facilitada por la situación geográfica de las tres partes y por la comunidad de sus intereses; mientras que la de la Entente tropezaba con la diversidad de sus miras políticas, con la disparidad de sus fuerzas (militares, unas, navales, otras) y con el alejamiento mutuo de los respectivos países, obstáculos superiores a la voluntad humana. La creación del Consejo Superior directivo de la Guerra, en que están representadas todas las potencias de la Entente, es una tentativa en buen sentido para lograr la unidad general; hasta ahora, no ha tenido felices resultados, y es difícil que se logren en adelante, porque lo que

importa no es el consejo, sino el mando. En cambio, dentro de cada país esa unidad se alcanzará con sólo querer, y a ella se atiende, en lo que atañe a Francia, con el nombramiento del general Joffre para el mando supremo de todos los ejércitos.

¿Es esta la práctica seguida por los Imperios Centrales? En Alemania y con cortas diferencias también en Austria, el mando en jefe lo ejerce de hecho el jefe del Gran Estado Mayor (von Falkenhayn en Alemania, von Hötendorf en Austria), asesorado por este Estado Mayor y los comandantes de grupos de ejércitos, bajo la dependencia inmediata del Emperador, que asume la responsabilidad y preside las Juntas de dicho Jefe con el canciller y los personajes a quienes de vez en cuando conviene consultar. De suerte que el Jefe del Gran Estado Mayor tiene en su poder todos los datos relativos a la situación militar, y por su contacto con el canciller y los ministros los referentes a la situación política, económica e internacional, y somete al Emperador los planes que del estudio de aquellos datos van resultando. Por consiguiente, en el canciller y el Jefe del Gran Estado Mayor se reúnen las noticias e impresiones que llegan de todos los frentes, de los últimos rincones del Imperio, y de todas las naciones extranjeras, y el Emperador puede formarse juicio exactamente, en cualquier momento, de la marcha de los acontecimientos en sus diversos órdenes. En los casos graves o antes de adoptar resoluciones de gran trascendencia, se convocan juntas de generales, ministros, en general, de personas muy entendidas en el asunto a debatir, pero las resoluciones las toma el Monarca a propuesta del Canciller y del jefe del Estado Mayor. De esta manera, se consigue simplificar

hasta el mínimo la dirección de la guerra, que funciona de un modo tan sencillo como lógico. Por el Canciller y los Consejos, cuando se celebran, y por las impresiones y datos transmitidos por los Ministros y los Comandantes de grupos de Ejército, se tienen los elementos de juicio suficientes para deducir qué es lo que conviene hacer; cómo debe hacerse, esto es, el plan militar, es función exclusiva del Jefe del Estado Mayor, previa la aprobación del Emperador; y los medios disponibles—cuya naturaleza y cantidad han de tenerse en cuenta al elaborar el plan—los dan a conocer los ministros, y en primer término el de la Guerra.

Se caracteriza en resumen este sistema, por una grandísima amplitud de informes y datos de todas clases, y la concentración del mando en una sola persona, directamente a inmediación del Soberano. Rueda esencial es el Gran Estado Mayor, que criba y depura lo que se le transmite desde los teatros de operaciones, para que a su jefe sólo llegue lo importante y esencial; da forma a los planes y a las órdenes; provee por sí en lo de detalle y secundario; y estudia constantemente las eventualidades que pueden presentarse, para que, en lo humanamente posible, no sobrevengan contingencias imprevistas que obliguen a adoptar determinaciones rápidas y, como tales, defectuosas.

Volviendo ahora a Francia, el general Joffre tiene a sus órdenes un Estado Mayor capaz, inteligente y acostumbrado a sus deberes desde el tiempo de paz. Para resolver, no bastan los datos de orden militar, es menester hallarse en constante relación con el Gobierno, y aquí es donde aquel general comenzará a encontrarse en peores condiciones que sus colegas alemán y austriaco. Sería menester que el Presidente del Consejo de Ministros desempeñara igual papel que el canciller, en lo que atañe a la guerra, y que él y Joffre tormanaran una trinidad inseparable con el Jefe del Estado. Por los indicios que se tienen, no será sólo con el Presidente con quien tendrá que entenderse el general, sino con todo el Gobierno, o por lo menos con los cuatro ministros nombrados para el Consejo de la Guerra, y ese aumento del número de personas que componen la Junta Suprema no puede menos de redundar en menoscabo de las atribuciones y de la importancia que dentro de ella tenga el Comandante en jefe.

En otro concepto se encuentra también Joffre con respecto a Falkenhayn. Este no manda directamente ningún ejército, y aquel conserva la Jefatura de los que operan en Francia. Es verdad que se le ha nombrado un adjunto, pero esto no le priva de la responsabilidad ni de la intervención personal en las operaciones del frente francés, que imponen un trabajo abrumador, incompatible con la libertad de juicio que se requiere para adoptar las grandes resoluciones. Es indispensable estar algo apartado de los ejércitos ejecutantes, de sus glorias y de sus fracasos, para conservar siempre la ecuanimidad y la tranquilidad de espíritu, para que ni los nervios ni el corazón oscurezcan o predominen sobre el cerebro.

La organización y funcionamiento del mando supremo ejercen un influjo casi decisivo en la marcha de la guerra; interesa a todos saber si es aceptable el método que acaba de implantarse en Francia, o si no hay otro admisible que el alemán. No hay que

añadir que cuanto más numerosos son los ejércitos y los teatros de operaciones, tanto más delicada y difícil es la organización del resorte director de la guerra.

En Inglaterra, el general Kitchener había anulado prácticamente al Estado Mayor General, que de hecho no dió señales de existencia durante más de un año. Coincidiendo con el viaje de aquel Ministro a Oriente, se ha restablecido en sus funciones al Estado Mayor, aunque sin dar a su jefe el carácter ejecutivo que tienen Joffre y Falkenhayn. Es de creer que no perdurará esta situación, sino que se modificará antes de mucho, porque las derrotas en Mesopotamia y Gallípoli demuestran que la dirección de la guerra no está organizada para hacer frente a las eventualidades de tantos y tan apartados teatros. La lección no es nueva; se manifestó en el Rhin durante la admirable campaña de Napoleón en Italia, y en 1866, en los austriacos, sin necesidad de acudir a épocas más remotas.

II.-La campaña de los aliados en Macedonia

La expedición de los aliados a Salónica y la Macedonia serbia fué de difícil explicación desde el punto militar, aunque estuvo justificada por otros aspectos, de orden internacional. Fracasados estos últimos objetivos, parecía lo más prudente no insistir en el error militar, y enmendarlo antes de que la corrección fuese sinónimo de derrota. Sin embargo, y con extrañeza general, no ha sido así.

Largas semanas estuvieron los franceses en las líneas del Vardar y Tserna, cuando ya se había disipado la esperanza de operar la unión con los serbios. ¿Esperaban acaso que se les incorporaran numerosos refuerzos, con cuya cooperación pudiera intentarse la ofensiva? En otras crónicas he examinado este punto, poniendo de manifiesto las dificultades que se oponían a una campaña de esta índole, abocada forzosamente a un desastre. Ocupados los búlgaros y austro-alemanes en la persecución de los serbios, ningún peligro corrieron por lo pronto los franceses, en su frente de Krivolak, pero su situación iba siendo más azarosa a medida que los invasores avanzaban hacia el S. Dueños de Monastir y llegados a las mismas fronteras griegas, los vencedores estuvieron en aptitud de envolver las líneas francesas, por el alto Tserna; solamente entonces el general Sarrail dispuso una concentración de sus fuerzas hacia el Vardar y el abandono de la punta de Krivolak, a tiempo que ocupaba posiciones a su derecha, al E. de aquel río, un contingente británico. Pero ya era tarde. Los búlgaros y alemanes acababan de reforzar sus tropas del Vardar, y se arrojaron sobre el enemigo en retirada. Sarrail retrocedió precipitadamente a Demir Kapu, voló el túnel de la vía férrea y acaso contó con oponer una resistencia invencible en el desfiladero de aquel nombre; si tal fué su esperanza, no tuvo en cuenta que los alemanes asumían ya de hecho la dirección de las operaciones, y que jamás han desaprovechado la ocasión de efectuar movimientos envolventes cuando se les ha presentado. El ala izquierda búlgaro-germana rompió directamente al S. desde los alrededores de Strumnitza, derrotó a los ingleses y, cayendo sobre el flanco de Sarrail, obligó a los franceses a abandonar las posiciones previa-

mente atrincheradas; simultáneamente, el ejército del centro atacó de frente, y el ala derecha, cerca de la frontera griega, tendió a abatirse sobre los aliados. La retirada hubo de hacerse general, las retaguardias francesas fueron expulsadas de Grodec a viva fuerza, y Sarraill tuvo que desandar en derrota un camino que durante dos meses había estado completamente abierto y libre de enemigos, refugiándose con su ejército maltrecho en territorio griego.

Es difícil imaginar una campaña más desgraciada que ésta. Los aliados permanecen inactivos, arma al brazo, meses enteros en una situación muy expuesta, sin hacer nada por salir de ella. Entre tanto, sus adversarios completan tranquilamente, sin prisas, las operaciones contra los serbios, y ultiman los preparativos para atacar a los franco-ingleses, que esperan pacientemente el ataque y no lo rehuyen sino cuando ya es inevitable. A la dirección metódica, perseverante, rectilínea, de los alemanes y sus aliados, responde en el campo opuesto la pasividad, la quietud, una especie de indiferencia fatalista. Y es que los primeros perseguían un objetivo militar claro y definido, y los aliados no tenían ninguno. De los amplios comentarios que la prensa francesa dedica a esta campaña, se deduce que no es el general Sarraill el responsable del fracaso; se quiso hacer servir el ejército expedicionario de instrumento para apoyar la acción diplomática cerca de Rumanía y Grecia; no es extraño que el coronel Repington exclame con amargura: «Creo que si el Gabinete resignara sus funciones por un día, aunque sólo fuera por dos horas, y permitiera al almirante Jackson, Sir Archibald Murray y Sir John Cowans—los jefes de los Estados Mayores—dar las órdenes que requiere la situación militar, nuestros asuntos mejorarían y la campaña asumiría el carácter que nunca debió perder. La más alta dirección de la guerra, ella sólo, es lo que ha fracasado lamentablemente. El Consejo de Guerra pesa sobre el Estado Mayor General, y el Gabinete pesa sobre el Consejo de Guerra. No es posible dirigir felizmente la guerra por tales medios. ¿Tenemos que ocuparnos en una guerra o en un pleito? Si es esto último, dejemos a los abogados que se desenvuelvan; pero si estamos en guerra, llevémosla según los principios de la estrategia, que son inmutables, y confiemos a nuestros militares y marinos la responsabilidad de un negocio que es incumbencia suya».

Desde otro punto de vista, llama la atención que haya sido Francia la que envíe más tropas a Salónica y ponga más interés en la expedición, a pesar de no afectarle directamente, y que Inglaterra, casi la única amenazada por la llegada de los alemanes a los Balkanes y Constantinopla, vacilara tanto antes de cooperar en la acción de su aliada. Este asunto del Oriente europeo es sin duda el más oscuro de todos los de la guerra, visto desde el campo aliado; contemplado desde el opuesto, los problemas se han planteado y resuelto desde el primer día con perfecto conocimiento de los hombres y de los pueblos, y siguiendo estrictamente los principios militares.

III.—El error de la ocupación de Salónica

Los aliados han resuelto sostenerse en Salónica, con el objetivo militar—prescindiendo de los de otros

órdenes que acaso entren en sus cálculos—de tener en constante amenaza la gran línea de comunicación Viena Constantinopla. Así se dice, y habrá que creerlo, por extraordinario que sea el caso, aunque ampliando el objetivo a la constitución de una posición de flanco en el teatro balkánico.

Sin salirnos de la esfera estratégica, ¿está justificado el envío de un poderoso ejército a Salónica? ¿Ofrece esta empresa ventajas que compensen sus indudables peligros? ¿Contribuye a mejorar la situación en los demás frentes?

La vía férrea Nisch-Sófia-Adrianópolis-Constantinopla, está tan apartada de Salónica, la separan de ésta tales montañas y ríos, que no corre prácticamente ningún riesgo por la presencia de los aliados en Salónica. Aunque éstos reunieran allí un poderosísimo ejército, capaz de tomar la ofensiva y arrollar los obstáculos que se le opusieran, no habría de esforzarse mucho el defensor para retardar durante un mes, como mínimo, el avance de aquel, plazo más que sobrado para que llegaran refuerzos turcos, austro-húngaros y alemanes. Pero, un ejército capaz de internarse en territorio enemigo y llegar al Maritza, habría de tener lo menos 400.000 mil hombres, o sea medio millón incluyendo los de custodia de la base y de las líneas de etapas; ese efectivo tendría que duplicarse o triplicarse a medida que los adversarios llevaran sus reservas a los Balkanes, y esta península se trocaría en el teatro principal, aquel en que se resolviera la guerra, cosa que no es creíble figure en los planes de los aliados porque, hagan lo que hagan, siempre adolecerá aquel teatro del defecto inevitable de tener una base de operaciones artificial y estar separado de las metrópolis por una larguísima ruta marítima. En estas condiciones costaría más, en todos conceptos, sostener un millón de hombres en los Balkanes que dos millones en Francia. No puede, pues, tomarse en serio la afirmación de que se va a partir de Salónica para desenvolver una campaña de invasión, y mucho menos después de haber fracasado la tentativa de auxilio a los serbios, y cuando 170.000 hombres no han podido mantenerse en un pedazo de Macedonia serbia y han tenido que retroceder, batidos, ante un ejército búlgaro inferior en número y probablemente también en artillería.

Una segunda vía férrea parte de Nisch, va a buscar en Usküb el valle del Vardar y lo sigue hasta Salónica, desprendiéndose de ella un ramal, ya en territorio griego, que por Seres, se dirige no lejos de la costa, a empalmar con la vía principal. Esa segunda línea, destruída por los serbios y por los franceses en muchos puntos, está siendo reparada por los alemanes para que facilite sus operaciones contra Salónica, pero no constituye propiamente una línea de comunicaciones con Turquía; el ramal de Seres puede ser aprovechado por los turcos para trasladar rápidamente un ejército a las fronteras greco-búlgaras, y, desde luego, favorece los movimientos de tropas del E. al O. y la vigilancia y defensa del litoral: no tiene otra importancia. Desde Salónica a Seres hay 80 kilómetros en línea recta, y el terreno es de difícil recorrido; suponiendo que los franco-ingleses llegaran a Seres, no se encontrarían en mejor situación que la que ocupaban cuando avanzaron hasta Krivolak. El ramal de Seres, y también la línea de Adrianópolis, hubiesen quedado más amenazados si el punto de

desembarco elegido hubiera sido Kavala en vez de Salónica.

Ciento o ciento cincuenta mil hombres son bastantes para entretener a un ejército de triple efectivo que, partiendo de Salónica, trate de internarse en la Macedonia búlgara; de suerte, que la tercera parte del ejército búlgaro garantizaría la seguridad de las comunicaciones entre Turquía y el Danubio, y quedarían disponibles las otras dos partes para atender a las eventualidades en los demás frentes, y eso sin contar ni los contingentes turcos, ni los austro-alemanes.

Pero, no hay que esforzarse en demostrar lo quimérico de una invasión cuya base fuera Salónica. Bulgaria ocupa una posición central entre Austria-Hungría y Turquía, y a los Balkanes pueden llegar las tropas de los tres Imperios en la cuarta parte de tiempo que los aliados. ¿Es posible que estos últimos abriguen la esperanza de derrotar al enemigo en el punto más difícil y donde puede ser más fuerte, si, además, todo, hasta las subsistencias, han de llegarles por mar?

No debe olvidarse tampoco la circunstancia de operar en un país neutral, que no es imposible abraza en un momento dada la causa de los imperiales, y lleve a un desastre irremediable a las tropas expedicionarias.

Los antecedentes de otras empresas análogas conducen a la misma conclusión. La guerra de Crimea se sostuvo contra un puñado de soldados rusos y se redujo a la conquista de una plaza; aun así y pese al completo dominio del mar, se necesitaron los esfuerzos de tres naciones y muchos meses, para apoderarse de Sebastopol. Si esta fortaleza hubiese estado en Bélgica, en Alemania o en Italia, es decir, si las líneas de comunicación fueran terrestres y no marítimas, no se prolongara de seguro la resistencia de Sebastopol más de un par de meses. Los desembarcos en Gallípoli son otro ejemplo, todavía más concluyente. Los turcos tuvieron que atender a los frentes del Cáucaso, de Mesopotamia, de Arabia y a la guarnición de las costas de Siria, Anatolía y Tracia; sólo una parte, la menor, de su ejército marchó a Gallípoli, mientras millones de hombres permanecían inactivos en Asia, por carecerse de armamento y equipo para ellos; pese a estas condiciones y a no existir un solo fuerte permanente que defendiera las posiciones terrestres; pese a la libertad de desembarcos que daba a los aliados el dominio del mar y no obstante el poderoso apoyo de la artillería de los acorazados y monitores, los anglo-franceses han padecido reveses tras reveses y han fracasado en su empresa; en Gallípoli, sólo tenían que internarse diez kilómetros para superar el obstáculo principal que les cerraba el paso a Constantinopla, mientras que partiendo de Salónica son centenares de kilómetros los que han de recorrer para obtener algún resultado de provecho. Es verdad que el estrecho frente de la península de Gallípoli obligaba al ataque de frente—inconveniente desaparecido en parte cuando se desembarcó en Anafarta y Suvla,—pero la marcha desde Salónica, en pleno país enemigo, exponería a múltiples ataques de flanco y envolventes, que no eran de temer en Gallípoli.

De aquí que si unánimemente se diputó de desgraciada la expedición en auxilio de los serbios, me-

rezca un calificativo aún menos favorable cualquier intento contra Bulgaria y sus aliados, arrancando de Salónica.

La experiencia de las batallas de primeros de diciembre no deja lugar a dudas. Se bastaron los búlgaros para derrotar a los anglo-franceses, bien unidos a su base y a corta distancia de ella. ¿Qué acontecería el día que los aliados se alejasen cien o más kilómetros, y al lado de los búlgaros entrasen en línea los turcos y los alemanes, probablemente también los austro-húngaros?

En un caso, sin embargo, resultaría conveniente la posesión de Salónica y la permanencia allí de un fuerte ejército: si medio millón de rusos, contando con la aquiescencia de Rumanía, atacaban a Bulgaria. Esta y sus aliados tendrían que dividir sus fuerzas, atender a la vez a las dos fronteras, y la situación pudiera llegar a hacerse crítica. Conservaría, no obstante, Bulgaria la inapreciable ventaja de su posición central, llegarían rápidamente refuerzos del centro de Europa y de Asia, y el Danubio, cuyo paso en 1877 no habrán olvidado los rusos, es una barrera natural de mucha consideración. El caso sería positivamente grave admitiendo que Rumanía se pusiera al lado de Rusia, y pudiera ocurrir que Bulgaria se inclinara a pedir la paz y abandonara la lucha. Mas, ni aun en este caso extremo, cuya improbabilidad salta a la vista, la expedición a Salónica mejoraría la situación actual de las naciones aliadas.

Las principales ventajas, en efecto, que los Imperios centrales han obtenido del aplastamiento de Serbia, han consistido en sumar a sus ejércitos 450,000 búlgaros y, antes de cuatro meses, un millón de turcos; abastecerse de artículos que escaseaban en el centro de Europa; y poner en jaque el poderío británico en Egipto y la India. Todo esto lo han conseguido con un ejército de 300,000 hombres, de los cuales, 100,000, enviados contra Montenegro, no tardarán mucho en poder ser empleados en otros puntos de los Balkanes. No son necesarias más fuerzas para hacer frente a los aliados de Salónica y a los rusos de la Besarabia, porque contra el millón de soldados de unos y otros, opondrían los imperiales 300,000 austro-alemanes, 400,000 búlgaros y casi 500,000 turcos; de manera que 300,000 combatientes retirados de los frentes francés y ruso, provocarían una merma de un millón de hombres en los contingentes enemigos. Esto solo, constituye un éxito de primer orden. En otros términos, el envío de tropas francesas, británicas y rusas a los Balkanes, tendría como consecuencia el arrojarlas contra búlgaros y turcos, antes que contra germanos, y estos verían descongestionarse ante ellos los densos efectivos que se les oponen en los frentes oriental y occidental.

¿Puede caber duda en que sería más ventajoso para los rusos empeñar algunos centenares de miles de hombres en el Duina o en el Styr, que perderlos, para el efecto útil de la guerra, en una campaña contra Bulgaria? Lo mismo puede decirse de Francia, y ni ésta ni Rusia están tan sobradas de fuerzas, ni sus negocios militares marchan tan bien, que puedan permitirse planes tan arriesgados que casi degeneran en aventuras.

Sería loable la ocupación de Salónica si los aliados la organizaran defensivamente con tal arte, que sólo cuarenta o cincuenta mil hombres bastaran

para defenderla algunos meses; de este modo, sus efectivos en los frentes principales no sufrirían menoscabo, no pesarían en el conjunto de la guerra las operaciones en los Balkanes, siempre tendrían una puerta abierta por si con el tiempo las circunstancias aconsejaban una expedición, ahora temeraria, y poseerían un excelente puerto que hacer valer el día de la paz. Pero distraer en aquel lugar un ejército considerable cuyos movimientos y abastecimientos han de pesar forzosamente, y no en forma provechosa, en las resoluciones que han de tomarse en los demás teatros, es una decisión que vulnera todos los principios militares.

¿Cómo no, si para condenarla no hay más que recordar un principio casi axiomático?: lo que conviene al enemigo, daña al ejército propio; lo que el adversario desea, es lo que hay que evitar en primer término. Los austro-alemanes llevaron la guerra a Serbia por su propia voluntad e iniciativa; escogieron aquel palenque como el más adecuado para obtener unos éxitos que no podían lograr, sin exponerse a pérdidas enormes, en Francia y Rusia; la consecuencia es obligada y única: si el teatro balkánico favorecería a los germanos, no podía menos de ser desfavorable para los aliados; y de desfavorable se trocó en peligrosísimo el día mismo en que Bulgaria desenvainó la espada. Esta sola consideración era suficiente para no acudir al sitio donde el enemigo acababa de arrojar el guante. Lo más juicioso hubiera sido contestar al golpe con un contragolpe asestado en otro lugar que doliera al adversario, y eso, ni siquiera se intentó.

Pero hay que insistir una y otra vez en que la iniciativa estratégica sólo se encuentra, hace diez y seis meses, en el campo de los alemanes; en el opuesto, la obedecen fácilmente y se doblegan a ella. Y, ciertamente, cuando se ha puesto en obra algún pensamiento propio—Gallípoli, Mesopotamia—no ha tardado en sobrevenir el fracaso. Obsérvase también que la iniciativa estratégica alemana aparece con grandes intervalos, como si fuera premiosa y tarda; mas, una vez revelada, se ejecuta casi automáticamente; y es que el plan no se trasluce hasta que se ha ultimado el más insignificante detalle de la preparación, cuando la previsión no encuentra ya pormenor ni eventualidad en que fijarse. Este es el mérito principal de las campañas de los alemanes, desde que su excesiva confianza en las primeras semanas les llevó a replegarse al Aisne.

En los aliados, las resoluciones más trascendentales son más rápidas, pero su ejecución es lenta; se advierten constantemente los destellos de una imaginación viva y poderosa, sin el aplomo y la calma que son necesarios, no para plantear el problema, sino para desarrollarlo. En estas páginas se han publicado los antecedentes del ataque naval a los Dardanelos y de la expedición a Gallípoli, en que el telégrafo desempeñó parte principal, y ellos demuestran que el factor tiempo se tuvo presente para iniciar los ataques, no para sostenerlos; lo mismo sucedió con el envío de tropas a Salónica, que llegaron al punto de destino poco menos que instantáneamente, y una vez allí permanecieron inactivas porque al primer impulso no siguió el apoyo perseverante y continuado; se repiten estos hechos en la contraofensiva de Ivanov en el Styr y el Strypa; en

las batallas del Duina; en la vigorosa ofensiva de Artois y Champaña... Parece que los aliados son víctimas de una impaciencia, de un estado nervioso que no les permite redondear sus preparativos; y la voluntad, esa voluntad que jamás se doblega, toma la forma de una mera impresionabilidad, que vacila al primer golpe aciago de la suerte. Siempre, en todos los achaques de la guerra, a poco que se profundice se encuentran los factores morales y las cualidades psicológicas del mando, como los causantes directos de las victorias y de las derrotas; y, si se reflexiona un poco, esas mismas cualidades son las que dan origen a una buena preparación guerrera, que cuanto de más lejos arranque más eficaz será el día de la prueba.

IV.—El dualismo en el mando, durante la campaña en Macedonia

En previsión de una retirada, el general Sarraill, además de la cabeza de puente en Kavadar—que constituyó su posición más avanzada—había preparado otras dos, la primera en la entrada (extremo N.) del desfiladero de Demir Kapu, y la segunda aguas abajo, a la altura de Gradetz. La de Demir Kapu, en particular, era de tan fácil defensa como de difícil evacuación, por la escasez de caminos, y en ella esperaban los franceses contener largo tiempo al enemigo; no fué así, sin embargo, porque los ingleses, al E. del Vardar, se replegaron precipitadamente y dejaron al descubierto la línea del río, al S. de Demir Kapu; este desfiladero tuvo que ser abandonado, y, encontrando el terreno libre, los búlgaros descendieron por el arroyo de Dolna, 3 kilómetros aguas arriba de Gradetz, cayeron sobre las columnas en retirada y mezcladas casi con ellas entraron y se apoderaron de Gradetz. Desde este punto la retirada ya no se interrumpió, y se acentuó el desorden a consecuencia del movimiento envolvente que ejecutó la derecha búlgara por Petrovo, coincidiendo con el retroceso de todo el ejército inglés al O. del lago Doiran.

Resulta de esto, que en el primer período de estas desgraciadas operaciones los franceses ni pudieron servirse de sus atrincheramientos organizados de antemano, ni efectuar la marcha retrógrada con el orden y la lentitud indispensables para poner en salvo sus almacenes y pertrechos de guerra, por el prematuro retroceso de los ingleses; mientras que, en el segundo período, la maniobra envolvente de los búlgaros produjo todos los resultados que de ella se esperaban. Una resistencia de 48 horas de los ingleses, habría permitido que la evacuación de Demir Kapu y Gradetz se llevara a cabo sin prisas, y el ejército francés llegara en buen orden a la altura de Petrovo y contuviera el ataque de flanco de los búlgaros. La prolongación de la resistencia del ala derecha de los aliados (ejército británico) no hubiera podido hacerse sin tener que lamentar muchas bajas, pero, en compensación, fueran menores los quebrantos del ejército en conjunto. De modo que si bien desde el punto de vista británico el general Monro obró bien no demorando el movimiento retrógrado, las consecuencias del abandono de la línea pesaron gravemente sobre los franceses. En otros términos, las órdenes de Sarraill y Monro—

más las de éste que las de aquel—no se acomodaron a la situación general.

Este defecto es una consecuencia irremediable de la falta de unidad de mando en el ejército expedicionario. En los momentos graves, el mejor y más sincero acuerdo no puede hacer las veces de la orden emanada de un jefe único, sobre quien recae toda la responsabilidad. Y en las retiradas, mucho más que en los avances, es cuando aparecen en toda su extensión los peligros de tales dualismos.

Cuando tantas pruebas y esfuerzos están haciendo los aliados para asegurar la unidad de criterio y de acción, parece extraño que no se haya llegado a esa unidad en donde hace más falta: en los teatros de operaciones y en los frentes de batalla. Un generalísimo único, aunque estuviera nombrado, no remediaría nada mientras imperara la división de mandos en los ejércitos que operan juntos y contra el mismo enemigo; infinitamente mejor sería que la guerra fuese dirigida por una junta mixta a condición de que todas las fuerzas de cada teatro, prescindiendo de nacionalidades, tuvieran a su frente un solo caudillo. Mientras no se llegue a esto, ni existirá la unidad de acción, ni se advertirá un sincero y decidido propósito de llegar a ella. Si no bastara demostrar a los aliados lo equivocado de su procedimiento la experiencia de todas las guerras en que se ha patentizado la misma disparidad de mandos, debiera de bastar a convencerles el ejemplo de los Imperios centrales y sus aliados; el más fehaciente es el de la campaña contra Serbia y en Macedonia: la dirección suprema la asumió el generalísimo austriaco, archiduque Federico, pero el mando efectivo de los ejércitos alemán, austro-húngaro y búlgaro lo ejerció y lo sigue ejerciendo el mariscal Mackensen, verdadero general en jefe de los tres y director y responsable de las operaciones. Los búlgaros no se creyeron humillados por aceptar el mando de un general alemán, y ciertamente no estarán arrepentidos de esta prueba de buen sentido y de observancia de los sanos principios militares.

V.—La suspensión del ataque a Salónica

Derrotados los aliados en la Macedonia serbia, los búlgaros detuvieron la persecución en la frontera griega, que no han cruzado todavía. Este hecho ha de relacionarse con otro, en el que no se ha fijado bastante la atención general: la no participación

de los austro-alemanes en las batallas que dieron lugar a la retirada de los anglo-franceses a Salónica.

Que se suspenda la persecución de un ejército vencido y se le permita replegar libremente, es algo que se aparta de los métodos constantemente observados por los alemanes y que tampoco está en armonía con los principios militares. Motivos de otros órdenes, que se sabrán a su tiempo por los resultados, han debido de ser los que han aconsejado una resolución en la apariencia injustificada. Lo cierto es que los aliados se fortifican en la línea de alturas que circundan a Salónica y que los búlgaros obser-



El general alemán von Kluck, que al inspeccionar una trinchera en la primavera de 1915, resultó gravemente herido en el brazo derecho. (Fotografía tomada recientemente en su finca de Straussberg, cerca de Berlín, donde atiende a su restablecimiento).

van y vigilan la frontera griega; se dice que el ejército turco que había entrado en Bulgaria para atacar a los aliados por el E., ha regresado a Constantinopla; y no hay noticias exactas sobre el paradero de las divisiones alemanas. Ni los búlgaros ni sus aliados han de esperar arma al brazo que termine la lucha, y por consiguiente es inútil discurrir sobre los futuros acontecimientos en este teatro de la guerra.

Pero hay una circunstancia que no puede ni debe quedar en la sombra. Aun en este caso en que los alemanes han pecado por abstención, la iniciativa—

causa primera de todos los éxitos—les corresponde por entero.

Sin saber cuáles son los planes ni los propósitos de los germano-turco-búlgaros, los aliados se sujetan a ellos. Reunidos en Salónica, han decidido aguardar allí, en expectación de lo que hagan sus adversarios. Y un ejército que se aproxima, si no excede de 200,000 hombres, no puede preciarse de tener inmovilizada a una simple división enemiga. Mientras los aliados quedan inactivos en el punto de desembarco, los germanos se mueven y prosiguen los movimientos preparatorios de la nueva campaña, es decir, que Francia e Inglaterra han perdido 200,000 combatientes, que les hubieran sido muy útiles en otro lugar, sin entorpecer en nada el desarrollo del pensamiento alemán. Para que su presencia en Salónica llegue a preocupar seriamente a Mackensen, sería menester, como he dicho ya, que aquel efectivo se eleve a medio millón de hombres; y como todo lo que se hace en Salónica se sabe al punto en Bulgaria, los imperiales no se verán sorprendidos por los movimientos de los aliados y dispondrán del tiempo necesario para precaverse convenientemente. De modo que hasta ahora lo único positivo que ha habido ha sido el fracaso de la ayuda a Serbia, la retirada forzada y el empleo de un poderoso ejército en la ocupación de un puerto neutral, sin daño ni molestia para el adversario, que prosigue tranquilamente sus operaciones. Tal vez, lo peor que podía sucederles a los aliados es lo que está aconteciendo: poner los medios para entorpecer la marcha a Oriente de los alemanes y no llegar a distraer un solo soldado de Mackensen. De aquí la preocupación que no ocultan.

La estancia de los aliados en Salónica lleva aparejado el problema de la actitud que en definitiva observará Grecia, y relacionado con él estará probablemente el desistimiento del ataque o la apertura de una campaña ofensiva por parte de los alemanes. Entre tanto, éstos conservan toda la iniciativa, más que por sus méritos por la torpeza de sus adversarios, y los anglo-franceses se han resignado aquí

como en otros teatros, a esperar los acontecimientos. Es lo que con más claridad se desprende de los últimos sucesos, y ello no presagia nada favorable a esa expedición tardía y hasta el presente, sin plan definido y concreto.

VI.—La situación el 22 de diciembre

Salvo duelos de artillería y pequeños combates sin importancia, nada ha ocurrido digno de mención en los frentes ruso, francés y austro-italiano. Continúa metódicamente el avance de los austro-húngaros en el N. y E. de Montenegro; diariamente caen en sus manos prisioneros y material de guerra, lo que corrobora el estado de agotamiento de los montenegrinos y de los restos de las tropas serbias. Los búlgaros han invadido la Albania septentrional.

En Persia, los rusos se han replegado al N. de Hamadán. Aumenta la agitación en las regiones del Sur.

El suceso más interesante es la evacuación de la península de Gallípoli por el ejército británico, hecho que será examinado más despacio en la *Crónica* siguiente. Sólo quedan en la Península las tropas francesas, que aún se sostienen en la punta meridional; es de suponer que no tarden mucho en imitar a los ingleses, cuyos contingentes de Gallípoli han debido trasladarse a Salónica o Egipto.

Continúan los cambios en el alto mando de los aliados. El general Smith Dorrien, que mandaba un cuerpo de ejército inglés en Francia, ha sido nombrado comandante en jefe de las tropas del Africa Oriental, que han sufrido más de un revés en su lucha con los destacamentos europeos e indígenas del Africa Oriental alemana.

El general Ruszky, comandante del grupo de ejércitos rusos del Norte (Curlandia) ha sido relevado.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

23 diciembre 1915.